

Se marchita la democracia

Preocupa el futuro inmediato de Guatemala.

Por: Edgar Gutiérrez

Es probable que la primavera democrática de Centroamérica se esté marchitando. El golpe de Estado de Honduras es el parteaguas, pero no es un dato aislado. Nicaragua ha sufrido una regresión democrática cuyo último evento –confirmando la tendencia– fue las elecciones municipales de noviembre 2008.

Los problemas de la democracia han saltado por la ventana más simbólica: los eventos electorales. Hubo serias dudas en El Salvador en 2004 y tensiones en los comicios de Concejos en 2006, pero tras el escrutinio y la alternancia del poder en marzo de 2009, las incertidumbres parecieron conjurarse. En Honduras, en 2005 el presidente fue proclamado con una minoría de mesas escrutadas. Hasta en la centenaria democracia costarricense hubo irregularidades en 2006 que obligaron a atrasar un mes la declaratoria oficial del candidato ganador.

Hasta hace 3 meses, las preocupaciones estaban concentradas en Nicaragua por los cierres paulatinos de la participación democrática: el Presidente que puede ser electo con el 35 por ciento de los votos, los órganos contralores están manejados por 2 partidos, la oposición es descalificada legalmente, las protestas sociales son intimidadas por fuerzas de choque presuntamente oficialistas, periodistas y organizaciones disidentes sufren acoso constante, entre otros signos ominosos.

El golpe en Honduras y la tozudez con que es defendido por los grupos de poder más conservadores del hemisferio (Guatemala, en sobrado primer lugar) marca el signo de la nueva polarización que se ha instalado en Centroamérica.

Los rudos vientos de la polarización y la estigmatización que le acompaña podrían asolar de nuevo nuestras sociedades. Sólo aquellas que invirtieron en sus instituciones democráticas tendrán chances de resistir, librándose mediante centros estabilizadores. Por eso Costa Rica está preparándose con optimismo para su contienda electoral en 2010. De ahí la apuesta por la madurez democrática del FMLN, ahora en el poder, y de Arena, edificando una oposición responsable en El Salvador. La relativa confianza en que Panamá sobreviva al populismo de derecha de su nuevo excéntrico gobernante, y la preocupación por el futuro inmediato de Guatemala, quizás el país con mayor debilidad institucional y con poderes fácticos más vigorosos, incluyendo además de corporaciones y mafias algunas ONG que ya no reconocen límites horadando al Estado.

La democracia no se está perdiendo por la anomia social (pues la gente sigue yendo a las urnas), ni por los abismales rezagos en el desarrollo humano, ni siquiera por la violencia criminal desenfrenada. Está ajándose donde parecía más sólida: el respeto al poder simbólico Presidencial y las normas de competencia electoral. Su ocaso no es inevitable, pero abrirá escenarios turbulentos y pondrá a prueba si, en verdad, estas sociedades aprendieron de su historia inmediata. O será más pertinente: ¿sus generaciones jóvenes conocen cómo se alimentó la barbarie hasta el desquiciamiento?